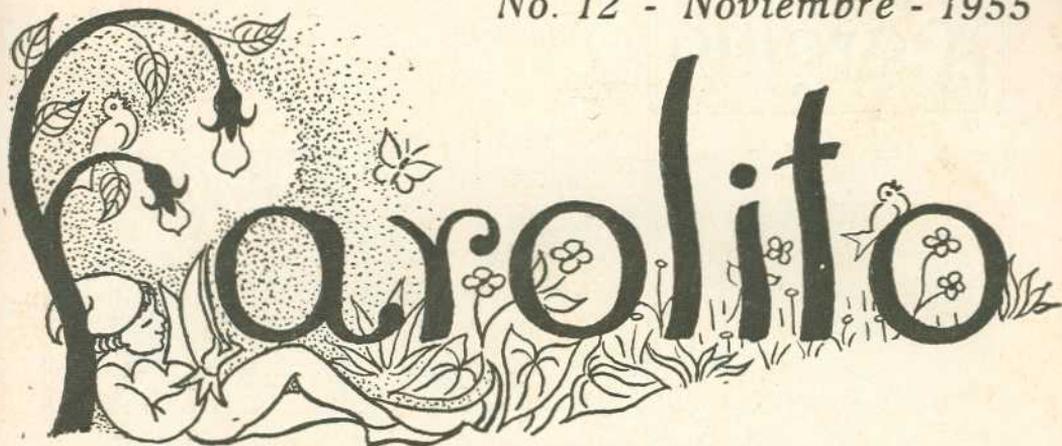


No. 12 - Noviembre - 1955



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

CANTEMOS, CANTEMOS

*Cantemos, cantemos —al Dios del amor;
bien venido sea —Jesús Salvador.
Venid, almas puras, —venidle a adorar.
Gloria en las alturas— y en la tierra paz.
¿Qué tienen tus ojos? —¿Qué tienen mi Dios,
que al verlos las almas —se arroban de amor?*

*¿Qué tienen tus ojos, —que arde al corazón,
y muere de amores— quien mirar los vió?*

*Ojos, dulces ojos —con que mira Dios...
miradme, aunque muera —por veros, de amor.*

*Ojos de ternuras, —mirad hacia mí;
¡morir yo quisiera —mirándome así...!*

Del Folklore español



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Cantemos, cantemos	1
¡Ay! del chiquitín	2
El pez de oro	3
Villancico	9
No sé, Niño hermoso	10
San Nicolás y la niña que no se quería dormir	12
Página de los niños	15
Cancioncilla del pajar de Belén	16

NOVIEMBRE 1955

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 12

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

¡AY! DEL CHIQUITIN

¡Ay! del chiquitín, —chiquirritín;
metidito entre pajas. —¡Ay! del chiquitín,
chiquirriquitín —queridito del alma.

Por debajo del arco —del portanco
se descubre a María, —José y el Niño.

¡Ay! del chiquitín, —chiquirritín,
metidito entre pajas. —¡Ay! del chiquitín
chiquirriquitín —queridito del alma.

Entre un buey y una mula —Dios ha nacido
y en un pobre pesebre —le han recogido,

¡Ay! del chiquitín, —chiquirritín,
metidito entre pajas. —¡Ay! del chiquitín,
chiquirriquitín —queridito del alma.

Del Folklore español



EL PEZ DE ORO

En una isla muy lejana, llamada isla Buián, había una cabaña pequeña y vieja que servía de albergue a un anciano y su mujer. Vivían en la mayor pobreza; todos sus bienes se reducían a la cabaña y a una red que el mismo marido había hecho, y con la que todos los días iba a pescar, como único medio de procurarse el sustento de ambos.

Un día echó su red en el mar, empezó a tirar de ella y le pareció que pesaba extraordinariamente. Esperando una buena pesca se puso muy contento; pero cuando logró recoger la red vió que estaba vacía; tan sólo a fuerza de registrar bien encontró un pequeño pez. Al tratar de cogerlo quedó sorprendido al ver que era un pez de oro; su asombro creció de punto al oír que el pez, con voz humana, le suplicaba:

—No me cojas, abuelito; déjame nadar libremente en el mar y te podré ser útil dándote todo lo que pidas.

El anciano meditó un rato y le contestó:

—No necesito nada de ti; vive en paz en el mar. ¡Anda! Y al decir esto echó el pez de oro al agua.

Al volver a la cabaña, su mujer, que era muy ambiciosa y soberbia, le preguntó:

—¿Qué tal ha sido la pesca?

—Mala, mujer—contestó, quitándole importancia a lo ocurrido—; sólo pude coger un pez de oro, tan pequeño que, al

oir sus súplicas para que le soltase, me dió lástima y le dejé en libertad a cambio de la promesa de que me daría lo que le pidiese.

—¡Oh viejo tonto! has tenido entre tus manos una gran fortuna y no supiste conservarla.

Y se enfadó la mujer de tal modo que durante todo el día estuvo riñendo a su marido, no dejándole en paz ni un solo instante.

—Si al menos, ya que no pescaste nada, le hubieses pedido un poco de pan, tendrías algo que comer; pero ¿qué comerás ahora si no hay en casa ni una migaja?

Al fin el marido, no pudiendo soportar más a su mujer, fué en busca del pez de oro; se acercó a la orilla del mar y exclamó:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

El pez se arrimó a la orilla y le dijo:

—¿Qué quieres, buen viejo?

—Se ha enfadado conmigo mi mujer por haberte soltado y me ha mandado que te pida pan.

—Bien; vete a casa, que el pan no os faltará.

El anciano volvió a casa y preguntó a su mujer:

—¿Cómo van las cosas, mujer? ¿Tenemos bastante pan?

—Pan hay de sobra, porque está el cajón lleno—dijo la mujer—; pero lo que nos hace falta es una artesa nueva, porque se ha hendido la madera de la que tenemos y no podemos lavar la ropa; ve y dile al pez de oro que nos dé una.

El viejo se dirigió a la playa otra vez y llamó:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

El pez se arrimó a la orilla y le dijo:

—¿Qué necesitas, buen viejo?

—Mi mujer me mandó pedirte una artesa nueva.

—Bien; tendrás también una artesa nueva.

De vuelta a su casa, cuando apenas había pisado el umbral, su mujer le salió al paso gritándole imperiosamente:

—Vete en seguida a pedirle al pez de oro que nos regale una cabaña nueva; en la nuestra ya no se puede vivir, porque apenas se tiene de pie.

Se fue el marido a la orilla del mar y gritó:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

El pez nadó hacia la orilla poniéndose con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia el anciano, y le preguntó:

—¿Qué necesitas ahora, viejo?

—Constrúyenos una nueva cabaña; mi mujer no me deja vivir en paz riñéndome continuamente y diciéndome que no quiere vivir más en la vieja, porque amenaza hundirse de un día a otro.

—No te entristezcas. Vuelve a tu casa y reza, que todo estará hecho.

Volvió el anciano a casa y vió con asombro que en el lugar de la cabaña vieja había otra nueva hecha de roble y con adornos de talla. Corrió a su encuentro su mujer no bien le hubo visto, y riñéndole e injuriándole, más enfadada que nunca le gritó:

—¡Qué viejo más estúpido eres! No sabes aprovecharte de la suerte. Has conseguido tener una cabaña nueva y crearás que has hecho algo importante. ¡Imbécil! Ve otra vez al mar y dile al pez de oro que no quiero ser por más tiempo una campesina; quiero ser mujer de gobernador para que me obedezca la gente y me salude con reverencia.

Se dirigió de nuevo el anciano a la orilla del mar y llamó en alta voz:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

Se arrimó el pez a la orilla como otras veces y dijo:

—¿Qué quieres buen viejo?

Este le contestó:

—No me deja en paz mi mujer; por fuerza se ha vuelto completamente loca; dice que no quiere ser más una campesina; que quiere ser una mujer de gobernador.

—Bien; no te apures; vete a casa y reza a Dios, que yo lo arreglaré todo.

Volvió a casa el anciano; pero al llegar vio que en el sitio de la cabaña se elevaba una magnífica casa de piedra con tres pisos; corría apresurada la servidumbre por el patio; en la cocina, los cocineros preparaban la comida, mientras que su mujer hallábase sentada en un rico sillón vestida con precioso traje de brocado y dando órdenes a toda la servidumbre.

—¡Hola, mujer! ¿Estás ya contenta?—le dijo el marido.

—¿Cómo has osado llamarme tu mujer, a mí, que soy la mujer de un gobernador?—y dirigiéndose a sus servidores les ordenó—: Coged a ese miserable campesino que pretende ser mi marido y llevadlo a la cuadra para que lo azoten bien.

En seguida acudió la servidumbre, cogieron por el cuello al pobre viejo y le arrastraron a la cuadra, donde los mozos le azotaron y apalearon de tal modo que con gran dificultad pudo luego ponerse en pie. Después de esto, la cruel mujer le nombró barrendero de la casa y le dieron una escoba para que barriese el patio, con el encargo de que estuviese siempre limpio.

Para el pobre anciano empezó una existencia llena de amarguras y humillaciones; tenía que comer en la cocina y todo el día estaba ocupado barriendo el patio, porque apenas cometía la menor falta le castigaban, apaleándole en la cuadra.

—¡Qué mala mujer!—pensaba el desgraciado—. He conseguido para ella todo lo que ha deseado y me trata del modo más cruel, llegando hasta negar que yo sea su marido.

Sin embargo, no duró mucho tiempo aquello, porque al fin se aburrió la vieja de su papel de mujer de gobernador. Llamó al anciano y le ordenó:

—Ve, viejo tonto, y dile al pez de oro que no quiero ser más mujer de gobernador; que quiero ser zarina.

Se fue el anciano a la orilla del mar y exclamó:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

El pez de oro se arrimó a la orilla y dijo:

—¿Qué quieres, buen viejo?

—¡Ay, pobre de mí! Mi mujer se ha vuelto aún más loca que antes; ya no quiere ser mujer de gobernador; quiere ser zarina .

—No le apures. Vuelve tranquilamente a casa y reza a Dios. Todo estará hecho.

Volvió el anciano a casa, pero en el sitio de ésta vio elevarse un magnífico palacio cubierto con un tejado de oro; los centinelas hacían la guardia en la puerta con el arma al brazo; detrás del palacio se extendía un hermosísimo jardín, y delante había una explanada en la que estaba formado un gran ejército. La mujer, engalanada como correspondía a su rango de zarina, salió al balcón seguida de gran número de generales y nobles y empezó a pasar revista a sus tropas. Los tambores redoblaron, los músicos tocaron el himno real y los soldados lanzaron hurras ensordecedoras.

A pesar de toda esta magnificencia, después de poco tiempo se aburrió la mujer de ser zarina y mandó que buscasen al anciano y le trajesen a su presencia.

Al oír esta orden, todos los que la rodeaban se pusieron en movimiento; los generales y los nobles corrían apresurados de un lado a otro diciendo: «¿Qué viejo será ese?»

Al fin, con gran dificultad, le encontraron en un corral y le llevaron a presencia de la zarina, que le gritó:

—¡Ve, viejo tonto!; ve en seguida a la orilla del mar y dile al pez de oro que no quiero ser más una zarina; quiero ser la diosa de los mares, para que todos los mares y todos los peces me obedezcan!

El buen viejo quiso negarse, pero su mujer le amenazó con cortarle la cabeza si se atrevía a desobedecerla. Con el corazón oprimido se dirigió el anciano a la orilla del mar, y una vez allí exclamó:

—¡Pececito, pececito! ¡Ponte con la cola hacia el mar y con la cabeza hacia mí!

Pero no apareció el pez de oro; el anciano le llamó por segunda vez, pero tampoco vino. Le llamó por tercera vez, y de repente se alborotó el mar, se levantaron grandes olas y el color azul del agua se oscureció hasta volverse negro. Entonces el pez de oro se arrimó a la orilla y dijo:

—¿Qué más quieres, buen viejo?

El pobre anciano le contestó:

—No sé que hacer con mi mujer; está furiosa conmigo y me ha amenazado con cortarme la cabeza si no vengo a decirte que ya no le basta con ser zarina; que quiere ser diosa de los mares, para mandar en todos los mares y gobernar a todos los peces.

Esta vez el pez no respondió nada al anciano; se volvió y desapareció en las profundidades del mar.

El desgraciado viejo se volvió a casa y quedó lleno de asombro. El magnífico palacio había desaparecido y en su lugar se hallaba otra vez su primitiva cabaña vieja y pequeña en la cual estaba sentada su mujer, vestida con unas ropas pobres y remendadas.

Tuvieron que volver a su vida de antes, dedicándose otra vez el viejo a la pesca, y aunque todos los días echaba su red al mar, nunca volvió a tener la suerte de pescar el maravilloso pez de oro.



El Nacimiento.

VILLANCICO

Gerardo Diego

¿Quién ha entrado en el portal,
en el portal de Belén?

¿Quién ha entrado por la puerta,
quién ha entrado, quién?

La noche, el frío, la escarcha
y la espada de una estrella.
Un varón—vara florida—
y una doncella.

¿Quién ha entrado en el portal
por el techo abierto y roto?
¿Quién ha entrado que así suena
celeste alboroto?

Una escala de oro y música
sostenidos y bemoles
y ángeles con panderetas
dorremifasoles.

¿Quién ha entrado en el portal
en el portal de Belén,
no por la puerta y el techo,
ni el aire del aire, quién?

Flor sobre intacto capullo,
rocío sobre la flor.
Nadie sabe cómo vino
mi Niño, mi Amor.



NO SE, NIÑO HERMOSO

No sé, Niño hermoso,
qué he visto yo en ti,
que no sé qué tengo
desde que te vi,
*que no sé qué tengo
desde que te vi.*

Tus tiernas mejillas
de nieve y carmín,
tus labios hermosos
cual rosa de abril,
tu aspecto halagüeño
y el dulce reír
tan profundamente
se han grabado en mí,
que no sé qué tengo
desde que te vi,
*que no sé qué tengo
desde que te vi.*

Si acaso algún día
 me atrevo a salir
 al ameno prado
 por mi divertir,
 doquiera que mire
 te miro yo allí,
 y entonces de nuevo
 comienzo a advertir:
*que no sé qué tengo
 desde que te vi.*

Cuando por la noche
 me llego a dormir,
 al pronto en mis sueños
 te veo venir;
 los brazos extendiendo
 por asirme a ti,
 más quedo burlado
 y digo entre mí:
*que no sé qué tengo
 desde que te vi.*

Mi pecho que ha sido
 cual bronce hasta aquí,
 tu luz ardorosa
 no puede sufrir.
 El aura se exhala
 cual aura sutil,
 y yo de tal suerte
 me siento morir;
*que no sé qué tengo
 desde que te vi.*

Vuelve, Niño amable,
 tu rostro hacia mí;
 dame que yo viva
 sólo para ti.
 Dame que en tu gracia
 yo acierte a morir,
 para que así pueda
 por siempre decir:
*que no sé qué tengo
 desde que te vi.*



SAN NICOLAS Y LA NIÑA QUE NO SE QUERIA DORMIR

Había una vez una niña que no se quería dormir. Y esto sucedió justamente en una Nochebuena. Su medicita roja colgaba al lado de la chimenea, y ella tenía la cara escondida entre las sábanas, hasta la nariz, pero sus ojos brillaban abiertos como dos estrellitas azules.

—¿Qué haré? pensó San Nicolás que estaba sobre el techo nevado, asomándose impaciente por la chimenea. No puedo irme sin haber llenado la media de esta niña y sin haberle dejado la muñeca que se duerme, y no he de bajar mientras esté despierta. San Nicolás se rascó la nariz, se punteó la barba y luego llamó suavemente al grillo que cantaba en el jardín:

—«Grillo Vocinglero, guarda tu violín
para que la niña se pueda dormir».

Pero Grillo vocinglero, que estaba improvisando una canción alegre de Nochebuena, contestó:

«—Dejaré de tocar, si Ratita Gris,
deja de danzar.»

San Nicolás rogó dulcemente:

«—Ratita Gris, deja de danzar
para que el grillo guarde su violín,
y la niña se pueda dormir.»

Pero Ratita Gris que se divertía danzando al lado de su sombra menudita contestó:

«—Cómo quieres que no baile
si la Estrella de Navidad,
riega polvo de plata
y me hace bailar.»

San Nicolás, poniendo las manos como una trompeta, llamó lejos hasta el cielo:

—«Estrella de Navidad, deja de brillar
para que Ratita deje de bailar,
Grillo Vocinglero guarde su violín
y la niña se pueda dormir.»

Pero la Estrellita de Navidad estaba muy contenta brillando y dijo:

«—Solamente podré hacerlo si una nube
de nieve me cubre con su velo.»

San Nicolás detuvo a Copo de Nube que volaba sobre el techo de la casa.

«—¡Oh! Copo de Nube! quieres tú nevar
para que la Estrella deje de brillar,
para que Ratita deje de bailar,
Grillo Vocinglero guarde su violín,
y la niña se pueda dormir?»

Pero Copo de Nube con una voccecita que sonaba como el viento, dijo:

«—Si no tengo nieve, no puedo nevar,
sólo Racha Fría me la puede dar.»

San Nicolás escuchó y ¡Crack! ¡crack! allí estaba Racha Fría cuajando escarcha al lado de la chimenea:

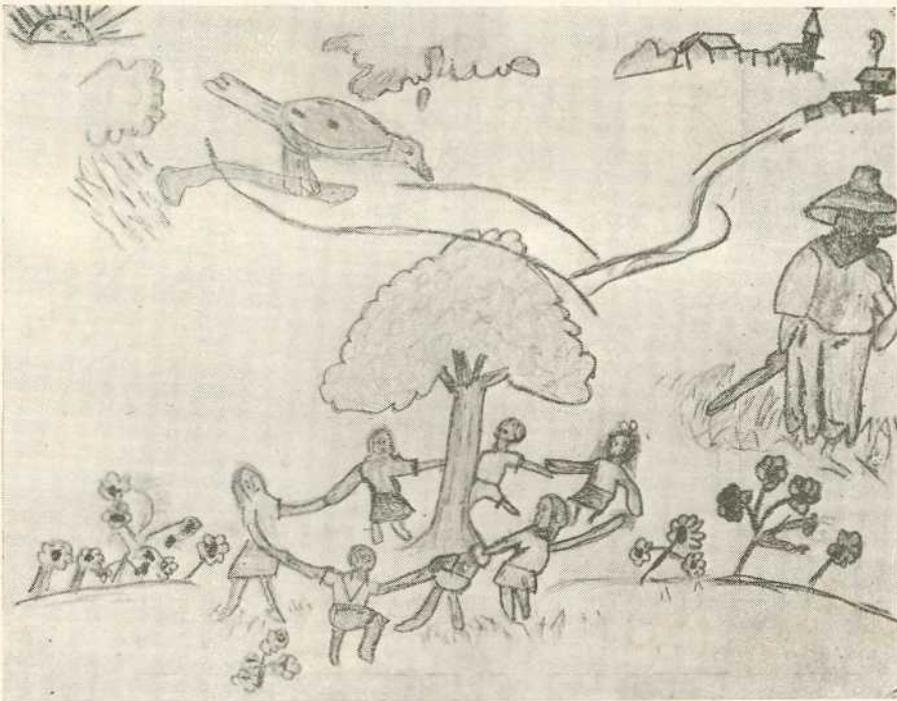
«—Racha Fría, nieve le darás
a Copo de Nube, que pueda nevar
para que la Estrella deje de brillar,
para que Ratita deje de bailar,
Grillo Vocinglero guarde su violín,
y la niña se pueda dormir.»

Lo haré, traqueó Racha Fría, que estaba terminando de hacerle un capuchón blanco a la casita, y de adornar los aleros con filas de cristalitos puntiagudos.

Y Racha Fría colgó flecos de nieve a Copo de Nube y

Copo de Nube se puso a nevar
y nevar y nevar y nevar,
y la Estrellita dejó de brillar
y Rata Gris dejó de bailar,
Grillo Vocinglero guardó su violín
y la niña se pudo dormir.

Y mientras nevaba y nevaba y nevaba, San Nicolás se deslizó suavemente por la chimenea, llenó de golosinas la medicita roja y sentó, muy señora, a la muñeca en la silla al lado de la cama de la niña que se durmió tarde aquella Nochebuena.



José Angel Villalobos — 3er. Grado Escuela
Pedro María Badilla, San Rafael, Heredia

MI CASITA

Vivo en una casita, construída de adobes y de tejas. Por el norte la rodea un cafetal y por el sur una linda plazoleta donde juego con mis amiguitos.

En el solarcito de mi casa cosechamos chayotes, aguacates, café; como también dos clases de limones, naranjas y anonas.

Todos los años en el día de nuestra patrona mi papá le pasa cal blanca y queda como una casita de portal.

Alvaro Azofeifa Astúa, IV° Grado Escuela Rubén Darío, Santa Rosa de Santo Domingo, Heredia



CANCIONCILLA DEL PAJAR DE BELEN

Qué feliz la paja es
bajo la luz de la luna,
porque a Dios sirve de cuna
es ya más Gloria que mies.

Cantad, pastores, cantad,
que esta noche es Navidad.

A Dios arrulla y sostiene
la paja tierna y delgada.
La paja que a Dios contiene
es ya más Cielo que nada.

Cantad, pastores, cantad,
que esta noche es Navidad.